

—¡Ay! exclamó el rey; yo mismo no sabía que existiese esa enfermedad; la reina me la ha callado; mis demás hijos no le han dado importancia; hasta la delfina creyó que era simplemente un dolor de cabeza; al pobre Francisco le daba hasta vergüenza el quejarse de tan poco mal; en fin, mi buen Ambrosio; en tus manos pongo la suerte del delfin y la mia; yo no podría sobrevivirle. Francisco es el primer amor de mi corazón, á pesar de cuanto se diga; y es, que durante algunos años, él ha sido mi sola y dulce compañía.

El rey salió, dichas estas palabras, y se encerró en su cámara sombrío y meditabundo.

No obstante, á las tres, hora en que se abría la plaza para los juegos y las fiestas, se tranquilizó como por encanto; los dos desposados, hermosos como el sueño del amor, frescos, engalanados, sonrientes, se presentaron á él, asidos de la mano.

El rey les abrazó tiernamente.

—¡Hijos míos! exclamó: ¿sois felices? ¿Estais contentos?

—Lo somos tanto, señor, exclamó Francisco, que cuando María y yo muramos no podremos ir al cielo.

—Hoy no le duele la cabeza, dijo la joven reina; ved padre qué buen color tiene; ¡oh, yo le curaré!

El rey y los dos jóvenes se reunieron con la corte y se dirigieron á la plaza.

La tarde pasó sin novedad; el rey ganó todos

los premios: despues de la cena hubo baile en las habitaciones de la reina madre.

XIV.

Llegó la tarde tercera y última de las fiestas: la corte se dirigió á la plaza: la afluencia de los justadores era mayor que en los anteriores dias.

Se repitieron los mismos juegos; en el torneo eran vencedores el rey y el conde de Vieilleville: mantenían el campo cuatro justadores, que eran el rey, el duque de Guisa, Alfonso de Este, duque de Ferrera, y Santiago de Saboya, duque de Nemours.

Aquellos príncipes eran los cuatro mejores guerreros que había entonces, no sólo en Francia sino tambien en toda Europa.

Se ignoraba á cuál de ellos debía adjudicarse el premio, porque cada uno de por sí hacía prodigios de valor y de destreza.

El rey estaba orgulloso y lleno de animacion: su pasión, su diversion favorita eran las justas, y tenía tanto interés en vencer como si se hallase en un campo de batalla.

Así pasó la tarde: la noche avanzaba, y las trompetas anunciaron la última carrera.

El duque de Guisa fué el que la sostuvo, aplaudiéndole mucho la reina y las damas.

Catalina de Médicis se levantó entonces, dando la señal de la partida; pero el rey, que estaba envidioso, exclamó:

—Esperad, señoras, que ahora me toca á mí correr.

—Señor, ya no hay justadores; se atrevió á decir uno de los jueces del campo.

Allí veo uno, dijo el rey, que se ha mantenido con la visera calada y no ha corrido todavía.

—¿Quién? ¿Aquel caballero vestido de negro?

—El mismo; os aseguro que pica mi curiosidad y que voy á correr con él; y dirigiéndose á él añadió.

—¡Eh, caballero! ¿quereis romper conmigo la última lanza?

El enlutado tardó algunos instantes en contestar, pero al fin le respondió con voz grave y profunda:

—Acepto la honra que V. M. me quiere dispensar.

El sonido de aquella voz turbó al rey de un modo extraño: con la vista fascinada miraba al enlutado caballero; éste alzó lentamente la visera y dejó ver un rostro pálido y profundamente triste.

—¡El conde de Montgomery! exclamó el rey; y luego corrigiéndose, añadió para sí:

—No; el conde debería ser más viejo; es ilusionaria y nada más.

Volvió á mirar al caballero, que tomaba ya distancia, y de nuevo quedaron sus ojos fijos en él.

¡Qué extraña semejanza! pensó: ¿será su hijo? ¿Será aquel hijo niño todavía de quien se hablaba cuando él desapareció? ¡Sí, sí, su hijo debe ser! En ese caso, que Dios tenga piedad de mi alma.

En aquel instante se acercó al rey el caballerizo mayor y le suplicó, de parte de la reina, que suspendiera ya el torneo; mas el rey le contestó que le perdonase, pero que no podía ya suspender el romper la última lanza.

Los dos adversarios partieron.

Nadie sabía los motivos de odio que mediaban entre aquellos dos hombres, mas una especie de terror embargaba todos los ánimos; las trompetas callaron y no se oyó ni una aclamacion, ni el más leve rumor.

Advertíase hasta en el aire alguna cosa de siniestro.

María Estuardo se estrechó contra su marido, murmurando:

—¡Tengo miedo!

—Yo tambien siento un vago malestar, repuso Francisco; esto es una fiesta y sin embargo...

—¡Ya parten! dijo María, que en efecto estaba muy pálida.

Reinó el silencio.

El rey estaba completamente turbado.

Veía agitarse ante sus ojos una especie de nube,

que no era sueño en realidad, y entre ella, un rostro pálido y macilento, el rostro del conde de Montgomery, muerto en una lóbrega prision, y que venía á la arena del palenque para tomar venganza del olvido en que le había dejado; porque el delfin de Francia había abandonado cobardemente á sus enemigos al malogrado caballero, y éstos le habían sumergido en una horrible prision.

Los dos caballos salieron á galope, más inteligentes y ménos ciegos que los dos jinetes cubiertos de hierro que los montaban.

El rey y el conde se hallaron en medio de la arena: las lanzas de ambos chocaron y se hicieron pedazos sobre las corazas; pero siguieron su carrera sin ningun accidente.

Todos los pechos respiraron libremente.

Los dos caballeros habían llegado al extremo opuesto de donde habían partido: debían volver á galope á su primitivo puesto, y por consecuencia, tener un segundo choque.

Parecía natural que los dos contendientes arrojasen sus lanzas rotas, y así lo hizo el rey; pero el conde, fuese casualidad ó premeditacion, conservó la suya en la mano: al partir la bajó enristrándola hacia adelante, y en medio de la veloz carrera dió con dicho pedazo en la cabeza del rey.

La visera del casco se levantó con la violencia del golpe, y la astilla de la lanza, penetrando por el ojo del rey, asomó la punta por el oído.

Enrique soltó la brida, se sujetó al cuello de su caballo, y de esta suerte acabó la carrera.

Al fin de ella cayó en los brazos de algunos caballeros, que le esperaban.

—¡Me han muerto! dijo con voz débil; y en seguida añadió, haciendo un esfuerzo para alzar la voz:

—¡Que no se inquiete al señor de Montgomery! Yo le perdono.

Al acabar estas palabras se desmayó.

Gabriel de Montgomery se había apeado del caballo y permanecía al lado de la barrera, inmóvil y como petrificado.

Las últimas palabras del rey fueron oídas y respetadas, por cuya razon nadie se atrevió á inquietarle en lo más mínimo.

El rey fué conducido á Tournelles, y su cámara se cerró para todo el mundo, excepto para la reina, sus hijos y los cirujanos que le asistían; todos declararon en seguida que no tenían ninguna esperanza de salvar al augusto herido.

Ambrosio Paré se había marchado á Perona, y nadie pensó en enviarle á llamar.

El rey permaneció cuatro dias sin conocimiento: al quinto volvió un poco en sí, y sus primeras palabras fueron para llamar á la reina.

—Catalina, amiga mia, le dijo: perdonadme todo lo que os he hecho sufrir: hubiera deseado vivir para repararlo; pero Dios no me lo concede.... per-

don, y atended el ruego postrero de vuestro esposo, moribundo....

—¡Hablad! dijo Catalina, que pálida y consternada miraba al enfermo.

Ante todo os suplico que, terminados mis funerales, hagais venir á Ambrosio Paré, para que haga á Francisco una operacion sin la cual su vida peligra.... seguid en todo las prescripciones del médico..... no puedo..... no puedo explicarme más.... pena de muerte al que rompa el silencio profundo que se necesita para llevar á cabo esa operacion.... ¡oh, sí, Catalina! obligad á que todos sean mudos... ¡ó Francisco morirá!

La reina creyó que deliraba y lo miró tristemente.

La fatiga del rey era tan grande, que no pudo proseguir; aun murmuró algunas palabras recomendando á la reina sus otros hijos y los negocios del estado: pero en seguida se apoderaron de nuevo de él la fiebre y el delirio: al cabo de once dias de una agonía cruel, espiró el rey de Francia, Enrique II.

XV.

Muerto el rey, Francisco el delfin, es decir, el heredero de la corona, partió para Paris con su es-

posa María Estuardo y fueron instalados en el Louvre, y proclamados inmediatamente reyes de Francia.

Catalina se quedó en Tournelles, guardando los cuarenta dias del luto, y acompañada de sus demás hijos.

Aquella mujer, que se había visto desdeñada y casi abandonada de su marido mientras este vivió, sintió levantarse de repente en su seno la llama devoradora de la ambicion, dormida ó comprimida durante largo tiempo: aunque el rey no llegaba á los diecisiete años, había sido declarado mayor de edad: por consiguiente, no podía haber regencia en Francia, ni le quedaba otro medio de dominar que tener un ministro completamente adicto á ella.

¿Podía ser este ministro el duque de Guisa? De ninguna manera. Francisco de Lorena, tio materno de la jóven reina, era la persona que más la había dominado en el mundo desde que, á la edad de siete años la trajo á Francia para casarla con el delfin: cerca de nueve años hacía que María Estuardo pensaba sólo lo que sus tios el duque y el cardenal querían que pensase: su carácter, blando y apacible, era el más á propósito para esta dominacion, y no sólo María, sino que tambien su marido, eran dos instrumentos dóciles de aquellos ambiciosos señores.

Los nuevos reyes no eran otra cosa que dos niños sencillos y enamorados: afligidos profundamen-

te con la muerte del rey, juntos la lloraron durante muchos días, y despues se consolaron juntos.

Pero desgraciadamente, los intereses del reino se conjuraban para dejarles muy pocos instantes de paz y de soledad: al día siguiente de la muerte del rey, Francisco II debía ya recibir á los diputados del Parlamento, que pedían saludarle como á rey.

Francisco los recibió con su esposa, y los graves señores quedaron admirados y enternecidos á la vista de aquellos dos hermosos é inocentes niños. Cuando Catalina de Médicis volvió á París, su primer cuidado fué el ir á ver á los jóvenes reyes: ya estaban éstos rodeados de una córte numerosa, entre la que se hallaba el duque de Guisa.

—Señor, dijo Catalina besando la mano del rey, que la recibió en sus brazos: yo vengo á derramar con vos algunas lágrimas: nuestro dolor debe ser eterno: sí, eternamente debemos llorar al que una desgracia tan cruel como imprevista nos ha arrebatado: mas en medio de nuestro justo dolor, acordaos tambien de que teneis deberes que cumplir: va á comparecer delante de V. A. una persona que acaso ha ocasionado la muerte de vuestro padre, y á la que se le va á notificar la pena de destierro que merece.

Antes de que la reina acabase de hablar, un paje anunció:

—La duquesa de Valentinois.

Diana de Poitiers entró con aire altanero: aque-

lla mujer jamás había amado á nadie; pero, no obstante, la muerte del rey le había sido muy sensible, porque le arrebatava todo su poder, toda su influencia en la córte: no podia desconocer que, lo mismo ella que su antiguo amigo y aliado, el condestable de Montmorency, estaban completamente perdidos, y que lo mismo Catalina de Médicis que los Guisas, los odiaban de muerte y tenían que vengar de ellos muchos ultrajes.

El rudo y grosero condestable había osado atacar á la virtud de Catalina, acusándola de sostener relaciones de amor con el cardenal de Lorena; pero en honor de la verdad debe decirse que sólo esta vez en Francia se atrevió al honor de la reina, y que la maledicencia fué, en lo demás, enteramente muda.

Catalina no era mujer que perdonaba, ni tampoco sabia olvidar; aquella acusacion, fuese ó no infundada, la hirió vivamente, y el condestable, no ménos que su amiga, Diana de Poitiers, podían tener la plena seguridad de que la habían de pagar cara.

Sólo los jóvenes reyes Francisco y María no odiaban á Diana y al condestable: tenían todo lo que impide al odio nacer en el alma; juventud, fe, entusiasmo, amor, y nacida de todo esto, una tranquilidad y perfecta dicha.

Al entrar la duquesa, María la dirigió una dulce y compasiva mirada; la joven reina no podía olvidar que, durante largo tiempo, sus únicas horas

de alegría en el triste convento de San German de Laye, habían sido las que la duquesa pasaba á su lado, que la llevaba dulces, juguetes y flores, y que la divertía con su carácter dulce é igual: mas la altiva duquesa no reparó ó no quiso reparar en aquella mirada; inclinóse delante de María y de su esposo, y más levemente delante de Catalina, como si, conociendo que aquella era su implacable enemiga, hubiera querido desafiarla.

Al lado de la reina madre estaba el duque de Guisa: Diana de Poitiers levantó su velo de gasa negra y esperó.

Vestida de luto, pues había tenido la osadía de ponérselo riguroso, parecía mil veces más encantadora que cubierta de galas y preseas; aquel ropaje sombrío hacía parecer más deslumbradora la frescura de su tez de nieve y rosa, y más armonioso el color castaño dorado de sus cabellos, que caían en largos rizos al derredor de su cuello; sus hermosos ojos pardos parecían estar dotados de una eterna juventud: en fin, sólo la admirable y angelical belleza de María Estuardo podía no ser eclipsada por aquella hermosura tan perfecta, tan pura, tan delicada.

Catalina, pálida, con sus negros ojos llenos del fuego de la ambicion, con sus largos cabellos trenzados, su boca de labios delgados y su ancha y serena frente, parecía fea al lado de Diana, que casi le doblaba la edad.

La reina hizo una señal al duque de Guisa, desdenándose ella de hablar con la favorita de su marido. Diana se preparó á escuchar con frialdad y altivez, clavando en el duque una mirada provocativa.

—Señora, dijo aquél: comprendiendo vuestro sentimiento por la pérdida que todos lamentamos, el rey ha dispuesto que salgais de la córte sin dilacion alguna: la soledad y el retiro os serán muy necesarios en vuestro dolor.

Diana volvió sus grandes ojos hacia el rey y hacia María Estuardo.

Francisco desvió la vista con una dolorosa frialdad. María, conociéndose impotente á pesar de sus buenos deseos, bajó los ojos con aire contristado.

—S. M., prosiguió el duque de Guisa, quiere anticiparse á vuestros deseos, y os da permiso para que partais esta misma tarde.

Diana tragó algunas lágrimas de rabia y repuso:

—S. M. colma, en efecto, mi deseo más ardiente: ¿qué me restaría ya que hacer aquí? Puede el rey estar seguro de que lo más pronto posible saldré para mi destierro.

—Está muy bien, dijo el duque de Guisa: mas vuestro palacio de Anet, que poseeis por la munificencia del rey difunto, es un retiro demasiado alegre para una desesperacion como la vuestra: y comprendiéndolo así, S. M. la reina madre os ofrece el suyo de Chanmont, que está más distante de

Paris, y por lo mismo más conforme con el estado de vuestro espíritu.

Esta confiscacion dejó aterrada á Diana de Poitiers y tembló de cólera; pero ¿cómo oponerse á ella? No tenía otro recurso que ceder, y así lo hizo.

—Me tendré por dichosa, dijo, en poder ceder á la reina el magnífico dominio que debo á la generosidad de su noble esposo.

—Tambien el señor de Montmorency, prosiguió el duque de Guisa, se ha hecho acreedor á un hermoso retiro, por lo mucho que se ha ocupado con vos del bien del Estado.

—El condestable espera de los consejeros del rey las mismas atenciones que yo, dijo con amargura Diana de Poitiers; se halla tan resignado con su suerte como yo, y espera poder manifestar de otro modo que con palabras su profunda gratitud.

Dichas estas palabras, se echó el velo y salió, despues de haber saludado á las dos reinas con ademan altivo.

Aquella misma tarde, en efecto, la duquesa de Valentinois y el condestable salieron de Paris: pero el orgulloso y áspero señor de Montmorency debía volver á él de nuevo, para trabajar contra los Guisas, los poderosos enemigos que por entonces le habían vencido.

XVI.

María Estuardo, principal objeto y heroina de esta historia, no se hallaba por cierto más dichosa desde que era reina de Francia que antes de serlo: la larga serie de ceremonias á las que en compañía de su esposo tenía que asistir, la fastidiaba, y sólo deseaba hallarse á solas con Francisco para jugar con él, y acariciarse como dos jóvenes tórtolas.

No había en la jóven reina gran profundidad de ideas, ó á lo ménos esta profundidad necesitaba, para desenvolverse, el soplo de la desgracia: entonces era tierna, dulce, bondadosa, pero superficial.

Su conducta empezó á ser imprudente desde el instante en que se vió investida con el carácter de reina de Francia, é imprudente sobre todo hacia Catalina de Médicis, á la que era muy peligroso ofender é irritar. María dejó de repente de plegarse al dominio despótico de la reina madre, y cuando alguna cosa le disgustaba, lo decía con una franqueza completa, y aun se burlaba de una manera muy trasparente y muy alegre de las sinuosidades de aquel terrible y sombrío carácter.

La jóven reina procedía así apoyada en el ciego amor que la tenía su marido, quien sólo veía por

sus ojos, y que hubiera llegado hasta á cometer las más grandes faltas sólo por ver una sonrisa en la linda boca de María.

El rey tenía un carácter en extremo débil, y estaba locamente enamorado de su esposa: así es que poco á poco dejó de ser obediente á su madre, y, apoyado por los consejos y el ejemplo de María, sacudió un yugo que todos en la córte, y la misma Catalina, juzgaban que debía ser eterno.

Los dos jóvenes hacían cuanto les parecía: convocaba la reina madre una reunion de familia, y se marchaban al campo: se disponía una funcion religiosa, y se quedaban en su cuarto jugando al volante y corriendo como dos niños; y cuando alguna de las princesas les hablaba del enojo de su madre y les preguntaba qué por qué no seguían las leyes de la etiqueta, María contestaba por los dos con una luminosa sonrisa de desafío y de alegría:

—Porque nos aburrimos.

Esto era clavar alfileres á la leona, que rugía exasperada ocultándose á las miradas de todos, y empezaba á pensar en *suprimir* aquellos obstáculos.

La terrible Florentina empezaba á perder el apoyo de los Guisas, que habían hecho causa comun con sus sobrinos, y á los que alentaban en su inocente pero peligrosa rebelion: además, en torno de aquellos dos jóvenes hermosos, alegres, entu-

siastas y llenos de bondad y de indulgencia, porque eran felices, se agrupaba todo lo que había en la nacion de poderoso y de brillante, y se apartaba de la severa y adusta Catalina.

Entonces fué cuando ésta acudió al recurso de rodearse de las jóvenes más bellas de la nobleza de Francia: veinte damas de honor, bajo la tolerante vigilancia de otra dama ya de edad avanzada, se ocupaban en el servicio de la reina madre, y la seguían como un ejército de alados genios.

La mayor de las veinte no había cumplido veinte años, y la hermosura de todas era la más acabada y perfecta.

Llamóse á aquella cohorte encantadora *el escuadron volante de la reina*, y tambien *la córte de amor*, adquiriendo una celebridad que aun tiene hoy su memoria.

Muchos partidarios atrajo de nuevo á Catalina aquel medio ingenioso é inesperado: cuando una de las jóvenes camaristas se casaba, era al instante reemplazada con otra, y aquélla y su marido eran toda la vida adictos á Catalina; tales eran las mercedes de que les colmaba, y las esperanzas que les hacía concebir para el porvenir.

María Estuardo no se apesadumbró nada por aquel nuevo modo de dominio que había elegido la madre de su esposo: un dia que se hallaba sola con éste le dijo:

—Tu madre ha querido hacerme parecer fea,

trayendo á su lado á las jóvenes más hermosas de Francia.

—Acaso sea verdad, respondió el rey; pero no lo ha conseguido; tú eres la más bella entre todas.

—¿Lo dices de veras? exclamó gozosa la joven reina: y yo que he tenido tanto miedo...

—¿De qué?

—De que hallases á alguna de esas jóvenes más hermosas que yo.

—Jamás hallaré á ninguna mujer del mundo más bella que á mi adorada María.

—¡Tu madre lo desearía acaso! murmuró la joven.

—¡Por Dios, amada mía! exclamó Francisco: la antipatía que tienes á mi madre te lleva demasiada lejos; crees que...

—Que desearía que alguna de esas jóvenes, me robase tu corazón.

—¡Qué locura! exclamó Francisco, abrazando tiernamente á su mujer: ¿puedes tú ser comparada con alguna? Tu talento, tu extensa instrucción, tu admirable hermosura ¿pueden tener jamás rivales?

Entretanto la operación para el débil Francisco, que de cuando en cuando se veía atacado de terribles dolores de cabeza, se había aplazado indefinidamente; al regresar de Berna—donde se hallaba á la muerte del rey—Ambrosio Paré había ido á palacio; pero allí no había visto más que á la reina madre, que le había dicho, con aquella

dulzura melosa, que era en ella más terrible que la cólera:

—Esperaremos: ¡Son ahora tan dichosos esos queridos niños! ¿A qué entristecerles con el anuncio de esa terrible operación?

—Señora, observó el médico: es de mi deber decir á V. M. que la vida del rey corre un grave peligro si tardo en operarle mucho tiempo.

—Está bien; prepararé á mi hijo, y os avisaré; repuso severamente Catalina: mas hasta orden mía, os suplico que no os dejeis ver por palacio; mi hijo podría creerse peor de lo que está.

El médico salió cabizbajo y sombrío: llevaba en el alma la terrible convicción de que aquella madre deseaba la muerte de su hijo.

Pero ¿qué hacer? ¿De qué modo conjurar aquel peligro? ¿Cómo oponerse á la voluntad de hierro de la italiana?

En efecto; aquella madre, que más tarde debía envenenar á su hijo Carlos IX, que consintió en que su hija la hermosa y pura Isabel fuese sacrificada hasta ser la esposa de Felipe II, el que se enamoró de ella estando destinada á su hijo y heredero, aquella madre cruel, contaba con la enfermedad de su hijo como último recurso, si no veía otro, para reconquistar su poder y su ansia de dominio y de mando.

Pasaron los días, y Ambrosio Paré no fué llamado.

Los reyes se iban á Blois, salían de casa, comían solos en su cuarto, y descansaban de todos los negocios en los Guisas, que ya no se cuidaban para nada de contemplar á Catalina, viendo que cada día hacía ménos papel en la córte.

Llegó un día en que la reina madre tuvo con el rey su hijo una escena terrible: empezó acusándole por no haber perseguido al matador de su padre, el cual podía muy bien no haber sido el instrumento de una casualidad fatal, sino un enemigo oculto del rey: le llamó ingrato, débil y cobarde, y consiguió dar al pobre Francisco las dos horas más amargas de su vida.

—Vos os dejareis dominar en todo por las sugestiones de vuestra esposa, le dijo, y ésta os conduce á vuestra perdición; ¿pensáis que el ser rey consiste en ocupar el tiempo en pasearse, cazar y divertirse? Si así seguís, hijo mío, yo me retiro de la córte, os niego el auxilio de mis consejos, y quedareis entregado á las manos de vuestros enemigos.

—Señora, respondió el rey, muy dolorosa será para mí vuestra ausencia; pero me resignaré á ella.

Catalina salió furiosa, livida y temblando de cólera y despecho.

Cuando hubo salido, Francisco dejó escapar un gemido, y se desplomó en un sitial, llevándose ambas manos á la sienes.

Tenía un acceso terrible de su terrible mal.

María Estuardo, que estaba en el cuarto de la

princesa Margarita, acudió desolada al saber lo que ocurría; abrazó llorando á Francisco y exclamó:

—¡Ah! ¡Esto, á no dudar, es obra de su madre! ¡Le matará! ¡Sí, le matará!

XVII.

Las primeras palabras que el rey pudo articular al volver de su largo desmayo, fueron para pedir á su esposa que se enviase á buscar á Ambrosio Paré.

—¡Dios mío! exclamó María: ¿tan malo os sentís, señor?

—Muy mal, mi querida María; ¡la cabeza se me abre en pedazos; es un dolor horrible!

—Ya han ido á buscar á Paré, dijo María mirando angustiada aquel dulce semblante, que iba poniéndose lívido.

Francisco cerró de nuevo los ojos y quedó inmóvil y mudo.

María se sentó á su lado.

Los príncipes y las princesas iban acudiendo, según iban sabiendo el estado de su hermano, y se agrupaban en torno de su sillón.

—A la verdad, hermana y señora, dijo Margarita, que fué despues la famosa reina de Navarra:

¡a la verdad, que alguna culpa teneis vos de lo que está pasando!

—¡Yo! exclamó la reina volviendo hacia la princesa su rostro lleno de lágrimas.

—¡Vos, sí! Si nuestro buen padre no nos hubiera sido arrebatado por la muerte, Francisco estaría ya curado; ¿no sabeis que tenía decidido el que Ambrosio Paré le operase? ¿Por qué ya que nuestro padre nos ha faltado, no habeis dispuesto vos que se hiciera? ¿No sois su mujer?

—¡Yo creía al rey curado ya de su mal! murmuró dolorosamente la reina.

—La verdad es que Francisco no se quejaba, observó la princesa Isabel, futura reina de España, y la de carácter más dulce de todos los hijos de Enrique II: y María, al verle dichoso y alegre, pensó que estaba ya salvo.

Es preciso acostar al rey, dijo Carlos, el desgraciado príncipe que, ciñendo ya la corona de Francia, murió de un sudor de sangre; es preciso acostarle... señora. ¿No veis cómo tiembla?

En efecto; un espantoso temblor se había apoderado del rey; la enfermedad, la terrible enfermedad adormecida durante algun tiempo, se agitaba entonces dentro de aquel débil cuerpo, y le imprimía sacudidas terribles.

Sus hermanos y hermanas, ayudados de la reina, que lloraba con desconsuelo, le desnudaron y le llevaron al lecho sin admitir la ayuda de nadie.

Todos adoraban á Francisco, que era para ellos dulce, generoso y lleno de benevolencia y de afecto.

La cámara se iba llenando de cortesanos que acudían á rodear al monarca.

Paré llegó al fin.

Todos le abrieron paso en silencio, y se acercó al lecho con paso silencioso y semblante profundamente triste.

—¡Ah, doctor! exclamó María; ¡ni nosotros ni vos hemos pensado en este terrible mal! ¿Será demasiado tarde?

—Señora, respondió el médico: perdonad el que os diga que yo sí he pensado en el estado de salud de S. M.

—¡Y nada me habeis dicho!

—Nunca que he estado en palacio he conseguido veros.

—Qué, ¿habeis estado en palacio?

—Diferentes veces, señora.

—¿Y con quién habeis hablado?

—Con S. M. la reina madre. S. M. quedó en avisarme para la operacion.

María alzó al cielo sus ojos, como para ponerle por testigo de aquella infamia.

El médico tomó la mano de Francisco y acercó el oído á su sien izquierda; despues de algunos minutos de observacion, tomó una gran caja de maderas preciosas que había traído, y abriéndola sacó

de ella una botellita de oro y una copita del mismo precioso metal; vertió algunas gotas del líquido que contenía la botella en la copa, y la acercó á los descoloridos labios de Francisco.

—Decidme, mi buen doctor: ¿es eso una medicina? preguntó María, que le observaba con ansiedad.

—No, señora, contestó Paré; es un cordial que hay que dar á S. M. cada hora, á fin de que adquiera fuerzas para la operacion que le haré esta noche.

—¿Y por qué se la haceis de noche? ¿No sería más fácil de dia?

—No puede tener fuerzas para soportarla antes de la noche. V. M., señora, queda encargada de administrarle el cordial; para esta noche, señora, por el amor de Dios, os ruego que sea todo silencio y tranquilidad; el rey difunto hubiera impuesto pena de muerte al que hablase ó se moviese.

—No, no es necesario esa rigurosa medida, dijo María Estuardo; por amor al rey mi esposo y á mí, todos guardarán silencio.

En aquel instante entró con estrépito la reina madre.

—¿Cómo hallais al enfermo, Paré? le preguntó.

—Muy mal, señora, contestó el médico con seriedad: esta noche voy á operarle, y os advierto que sólo puede estar presente S. M. la reina, su esposa.

—¿Y yo no?

—No señora, respondió Paré con firmeza.

—¡Veremos quién impide á una madre que se halle al lado de su hijo durante una operacion en que peligrá su vida!

—Os advierto, observó Paré con frialdad, que haré guardar las puertas de esta cámara.

—¡Por Dios, doctor! exclamó María pálida y consternada: ¡ved que habláis á la madre del rey!

—Yo sé lo que hago, señora, dijo el médico; va en ello la vida de S. M.; ayudadme, ó mañana seréis viuda!

Catalina alzó la cabeza y fijó en el médico una mirada en la que brillaban todas las llamas del infierno: despues de haberle contemplado algunos instantes con aire de desafío, dijo con voz sorda y profunda:

—Y si yo me opusiera á que se operase al rey ¿qué diríais, señor Paré?

—Oponerse sería la misma cosa que decretar su muerte; respondió el médico sin vacilar.

—¡Voy temiendo que el que la desea sois vos! gritó Catalina; y por lo mismo me opongo á que se practique esa operacion, que tiene por objeto el abrir el cráneo del rey.

—¡Oh, señora! ¡Ese es el sólo medio de salvarle! exclamó María: yo ansío que se emplee, y lo ansío con toda mi alma.

—Vos sois una niña, María, y no alcanza vuestra vista adonde llega la mia; ¿quién sabe si este

hombre es un agente del condestable y de Diana de Poitiers? ¿Quién sabe si viene á matar á vuestro esposo?

María dejó caer el rostro entre sus dos manos, y echó á llorar amargamente.

—Las sospechas de V. M. no pueden herirme, dijo Paré, pues todos saben que yo, en vida de vuestro augusto esposo, iba á operar al enfermo; no obstante, dado caso que esas sospechas existan, no puedo insistir más, y me retiro, en la seguridad de que el rey vivirá pocas horas.

—¡Oh, no; no os vayais! exclamó la jóven reina levantándose y asiéndole del brazo; se hará todo lo que queráis; pero ¡salvadle, salvadle!

—¿Vos me mandais, señora, que haga lo que la ciencia me ordena?

—¡Sí, y mil veces sí!

—Que esté todo preparado para las ocho de la noche; yo vendré con dos ayudantes: que estén las puertas guardadas, y que haya además en cada una un hombre dispuesto á extrangular al primero que grite...

Catalina se arrojó como una hiena hacia Ambrosio Paré, que concluyó:

—¡Al primero que grite... *sea quien sea!* Va en ello la vida del rey.

Salió, dicho esto, de la cámara real, seguro, como todos los presentes, de que se había jugado la cabeza si el rey moría.

XVIII.

Fatídico, sepulcral silencio reinaba en el Louvre á las siete de aquella noche.

Las puertas de la cámara del rey se hallaban guardadas por diez hombres cada una, y en la galería se paseaba la guardia escocesa de la reina, que desde su llegada á Francia no la había abandonado, y que conservaba toda su feroz sencillez.

Los montañeses tendían sus negros ojos en derredor suyo, y se paseaban sin ruido, pues iban calzados de sandalias, cuyas delgadas correas se cruzaban sobre sus piernas desnudas y subían hasta la rodilla.

María les había llamado y les había dicho:

—¡Hijos míos, á vosotros encomiendo la vida del rey; se le va á hacer una operacion terrible en la cabeza: si entra gente en la cámara, si oye algun rumor que le haga mover, la misma mano salvadora que le opera puede matarle; no dejeis acercar aquí á nadie, y si es necesario, valeos de la fuerza; ya sabeis lo que el rey os ama, sólo porque sois cosa mia: ya sabeis que prefiere vuestra leal custodia á la de los franceses; guardadle hoy que se halla enfermo; su vida depende de vosotros!